

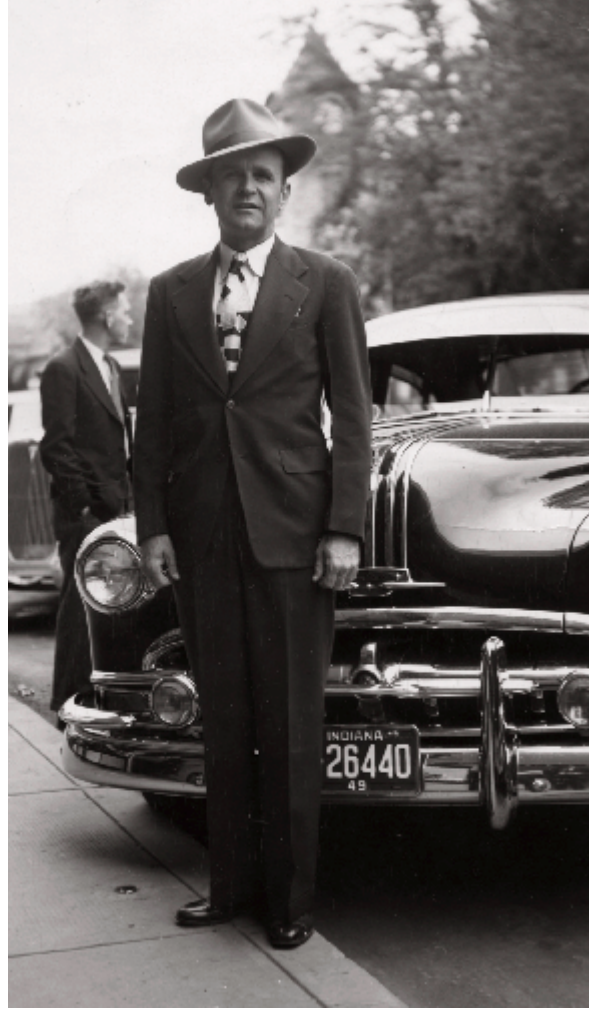
# GENERATION



REMEMBERING THE LIFE OF A PROPHET

Compiled by

Angela Smith



**William Marrion Branham**  
**1909 - 1965**

# GENERACIÓN

RECORDANDO LA VIDA DE UN PROFETA



PUBLICADO POR  
BELIEVERS INTERNATIONAL





# INTRODUCCIÓN

Poco después del fallecimiento de mi abuelo en diciembre del año 1965, un servicio memorial fue celebrado en su honor en Phoenix, Arizona, en el cuál el Evangelista Tommy Osborn fue uno de los oradores. En su declaración de apertura, él dio esta descripción del puesto espiritual que había ocupado el varón que estaba siendo recordado en aquel día:

“El viento es el símbolo de Dios, el Espíritu Santo. Sopló a través de la faz del abismo cuando la Tierra estaba todavía desordenada y vacía. Sopló a través del Mar Rojo y abrió un camino de liberación para la gente que creyó. Llegó con sonido de viento recio que soplaba en el Día de Pentecostés, cuando Dios llegó para hacerse uno con el hombre. Y ha soplado a través de la faz de ésta, nuestra generación – un refrescante aliento de Dios en este siglo veinte – a través del ministerio muy fuera de lo ordinario del profeta de Dios para esta edad, el hombre conocido entre los hombres por el nombre de William Branham”.

Es evidente que el hombre del cual él hablaba no fue ninguna persona ordinaria. De hecho, William Branham

puede ser numerado entre los hombres más especiales que jamás hayan vivido, su lugar a la semejanza de Moisés, Elías, Juan el Bautista y Pablo. Todos ellos fueron profetas, hombres que fueron seleccionados por Dios para revelar Sus pensamientos e instrucciones al pueblo de su día. Al igual al gran número que fue antes que él, el ministerio de William Branham fue vindicado por Dios por medio de fenomenales señales y maravillas, así como también su carácter fue expresado por medio de su humildad.

Tal clase de vida es digna de recordar, y de eso se trata este libro.

Yo no nací sino hasta cuatro años después de su partida, así que William Branham es un abuelo que yo he conocido principalmente por medio de fotografías, y escuchando su voz en las cintas. De las historias en la familia conozco cómo fue que vivía en el hogar, y cuál fue su relación a diario con sus hijos. Él fue un hombre que no deseó ninguna fama para sí mismo y no anduvo en busca de tesoros terrenales; un hombre que lavaba su propio automóvil, arreglaba su propio jardín, y no tenía

nada de ostentación. Pero también sé que no era un típico padre y abuelo, lo que se entiende al considerar el hecho de que por medio de un maravilloso don de discernimiento él podía entrar allá en los reinos de lo sobrenatural y revelar hasta los secretos del corazón de una persona.

Nuestras vidas son enriquecidas cuando estudiamos las vidas y las obras de los profetas del pasado. ¿Pero cuánto más entendimiento se puede obtener del poder del propósito, y del plan de Dios para Su pueblo aquí en las vísperas de la edad gentil al tomar una vista más cercana de la vida del vaso que Él escogió para nuestro día, y por medio del cual nos entregaría Su Mensaje?

Ha pasado una generación desde que mi abuelo fue llamado a Casa, para descansar de sus labores. Durante estos cuarenta años, hemos visto la partida de muchos de sus queridos amigos y compañeros. Algunos de ellos han dejado testimonios grabados de sus experiencias con el siervo de Dios, pero desafortunadamente, no fue así con todos. Sin embargo todavía existe un buen número de individuos que fueron testigos oculares a las obras de Dios en esta edad. Y por esa razón, he abordado la recopilación de este libro como un asunto de requisito histórico.

Ud. ahora va a encontrarse con un grupo de personas muy especiales. Cada una tiene una fascinante historia que contar acerca de cómo sus vidas fueron impactadas en forma extraordinaria por medio de la vida y el ministerio de William Branham. Ellos caminaron con él, trabajaron

a su lado, siguieron las campañas de un lado del país al otro; descansaron junto con él en el desierto; patrocinaron el ministerio; y muchos de ellos asistieron a la iglesia que él edificó en la esquina de las calles Octava y Penn en Jeffersonville, Indiana, E.U.A.

Mi propósito es simplemente mostrarles cómo fue que William Branham se relacionó con aquellos a su alrededor, y de proveer una vista por detrás de las cortinas en su vida diaria. Aunque existen muchas historias más que pudieran haber sido incluidas, yo creo que éstas son ejemplos de los miles que tuvieron semejantes experiencias.

Estas son sus historias. En sus propias palabras ellos expresan de primera mano lo que buscaban y cómo fue que el ministerio los cambió. Aunque quizás no esté de acuerdo con las conclusiones o las opiniones de algunos de ellos, sus recuerdos y experiencias al lado del profeta de Dios son de incalculable valor para mí.

Las historias están en orden cronológico conforme la edad de la persona quién se está entrevistando, desde la persona más anciana hasta la más joven. Durante el proceso de recopilación hemos presenciado la partida de dos de nuestros amigos, Curtis Hooper y Jack Palmer. Curtis Hooper fue la primera persona entrevistada, y a él le tocó leer la última versión de su testimonio y le dio el visto bueno. Cuando hablaba de su vida, él recordaba los eventos con asombrosa claridad y ternura. Creo que les va a gustar que pudiéramos incluir su historia en este libro.

Jack Palmer se enfermó antes que tuviera yo la oportunidad de hablar con él personalmente. Fue entonces después de su partida que pude hablar detalladamente con su esposa, Pauline, y así obtener su historia.

Varias personas en el libro los vine a conocer por primera vez durante la entrevista, no obstante había escuchado sus nombres en las grabaciones de las prédicas de mi abuelo por muchos años. Otros han sido amigos de toda la vida. Por ejemplo, Vernon Mann fue quien me presentó a Dios cuando yo era recién nacida. Jackie Wheeler fue mi maestra de piano. Pauline Palmer es la bisabuela de dos de mis sobrinos, así que compartimos un vínculo especial. Desde niña tengo recuerdos de viajes de compras o a almorzar con mi abuelita y sus amigas, Mary Norman y Cleo Evans. También están incluidos aquí los testimonios de algunos miembros de la familia - Tío Billy Paul, Tía Loyce, y dos tías abuelas, Mabel y Deloris - para darnos un vislumbre de William Branham como un hombre de familia.

Quiero expresar mi agradecimiento a mi padre, Jorge Smith, una de las personas más desinteresadas que conozco, por su ayuda con varias de las entrevistas cuando no era posible ir yo misma.

También deseo expresar mi profundo agradecimiento por toda la ayuda editorial de parte de mi madre, la Hermana Rebekah; sus consejos y palabras de ánimo han sido incomparables.

Así también deseo expresar mi sincera gratitud a cada persona que tomó de su valioso tiempo para compartir con nosotros sus pensamientos, sus recuerdos, y sus fotografías. Confío que este libro pueda ayudar a otros tanto como la recopilación del mismo me ha ayudado a mí a entender más claramente qué tipo de persona era William Branham. Pensaba que lo conocía, pero ahora lo conozco mejor. Y por medio del mensaje que le fue confiado, conozco a Jesucristo.

A handwritten signature in cursive script that reads "Angel". The signature is written in black ink and is positioned centrally below the text of the second column.

# CURTIS HOOPER

NACIÓ

1 de julio de 1909

PARTIÓ

16 de noviembre de 2005

Un amigo desde la niñez y pariente por casamiento que también jugó un papel importante al principio del ministerio de William Branham.

**MI MADRE** era de la familia Broy. La mamá de Meda (a la cual llamábamos Ma, y ella era mi tía), ella también era Broy. Dos hermanos se casaron con dos hermanas, o sea que Meda y yo éramos primos dobles.

Esa pequeña Meda, era un ángel. Ellos vivían en la esquina de la calle 8va y la calle Main, y ellos tenían un

piso de tierra, pero mantenían la casa muy limpia. Ella trabajaba largas horas en la fábrica de camisas para ayudar al sustento de la familia. Bill consiguió una verdadera joya de esposa cuando se casó con ella.

Bill y yo éramos de la misma edad. Su cumpleaños era el 6 de abril y el mío es el primero de julio, acabo de cumplir 96 años de edad. ¡Si tan sólo supieran de las cosas por donde nosotros pasamos cuando éramos niños! Fue una vida muy difícil. Asistimos juntos a la escuela. La familia Branham vivía allá al lado de la tienda de comestibles del Sr. Collins allí en la calle Fulton; y Bill trabajaba en la esquina de las calles Diez y Fulton en la tienda del Sr. Misner. Yo trabajaba en otra tienda en la siguiente cuadra. A veces él quería escaparse para ir de cacería, y yo trabajaba en su lugar. O, si yo quería un día libre, él trabajaba en mi lugar. Éramos muy íntimos en aquel

tiempo.

Yo me casé y me mudé unas cuantas millas al norte, a Charlestown, Indiana, y no vi a Bill por casi ocho años. Fue en el año 1936 cuando mi hija, Shirley, entró al hospital. Me dijeron que ella padecía de cinco cosas distintas: fiebre en el cerebro, meningitis, raquitismo, neumonía doble, y algo en cada oído, algún otro tipo de fiebre creo yo. Los doctores nos dijeron así de frente que no había posibilidad de que ella viviera.

Mamá dijo, “Curtis, ¿nunca le has pedido a un hombre de Dios que ore por esta niña?”

Yo dije, “No mamá, yo no asisto a ninguna iglesia”.

Ella dijo, “Pero, tú conoces a Bill Branham, ¿no es así?”

Yo dije, “Seguro que sí”.

Ella dijo, “Él y Roy DeArk andan por ahí orando por los enfermos”.

Eso para mí fue noticia. Ella dijo, “¿Quieres que lo busque para que venga acá?”



Curtis con sus hijas, Ora Mae, Sissy y Shirley.





Yo dije, “Claro”. Así que ella lo buscó para que viniera.

Nos saludamos y hablamos un poco acerca de los viejos tiempos. Luego él me miró fijamente y dijo, “Curt, ahora es tiempo de hablar de algo distinto. Esta niña parece que está casi muerta. ¿Le prometes al Señor que le darás tu corazón si Él toca esa niña?” Cualquiera hubiese dicho que sí, y así dije yo. Los cinco médicos estaban parados junto a la cama, y ninguno supo qué hacer. Él dijo, “Si alguno de Uds. no cree, háganos el favor de salir”. Los médicos se miraron uno al otro. Una enfermera estaba parada allí, con lágrimas corriendo por sus mejillas, y ella se había vuelto tan blanca como la nieve. Él les pidió a todos que inclinaran sus cabezas. Yo incliné mi cabeza. Un minuto después que él comenzó a orar, esa niña comenzó a mejorar. Uno lo podía ver.

Al día siguiente, yo le dije a la enfermera, “Sra. Palmer, prepare a mi bebé, ya nos vamos a casa”.

Ella dijo, “¿A su casa, Sr. Hooper? Ud. no se va; no se la puede llevar. No llegará hasta su casa”.

Yo dije, “No me diga eso. El bondadoso Señor la ha sanado, y Él velará para que

llegue a casa”.

Hoy día Shirley tiene 68 años de edad, y cada día cuando va hacia su trabajo, ella pasa por ese sitio en donde se estaba muriendo.

Cuando murió Esperanza – la primera esposa de Bill y madre de Billy Paul – Ma Broy y Meda prometieron cuidar a Billy Paul, y así lo hicieron. En un tiempo, éramos todos como una sola familia. Yo comencé a ayudar en el Tabernáculo en el año 1940, dirigiendo los cánticos y a veces me encargaba de los servicios los miércoles por la noche cuando Bill estaba ausente. Él estaba de patrulla en las rutas de las líneas eléctricas para la Compañía de Servicio Público y al mismo tiempo pastoreando la iglesia.

Mi segunda hija, Evelyn, la llamamos Sissy, contrajo el asma. En ocasiones se desmayaba y se tornaba azul. Cuando podía, yo le compraba estas pequeñas latas de una clase de aceite para quemar que se suponía le ayudara a respirar, y muchas son las noches que me quedaba despierto con ella, quemando ese aceite y escuchando mientras ella difícilmente cobraba cada respiro. Luego al día siguiente yo tenía que ir a trabajar.

Un día el Hermano Bill y yo estábamos en la casa de la Sra. Hessick para orar por ella porque le había dado un ataque al corazón, cuando de repente alguien llegó y tocó a la puerta, y dijo, “Curt, debes regresar a casa. Sissy se desmayó, y está muy azul, tiesa, y no está respirando”.

Mi casa estaba a tres cuadras. Bill tenía su carro, y él dijo, “Curt, yo te llevo”. Fuimos allá y la encontramos acostada en el sofá. Mamá y todos estaban llorando. Él se acercó y oró por ella, pero todavía no respiraba, no se movía. Sus ojos estaban abiertos y fijos, y pensábamos que ya había partido. Esperamos y todavía no había aliento en ella.

Yo no sabía qué hacer. Después de un rato, le dije a Bill, “¿Me puedes llevar a la funeraria para decirle al Sr. Coots que venga por ella?” Él se dirigió hacia la puerta y extendió la mano para tomar la manilla, pero de repente se detuvo y colocó la otra mano en el marco de la puerta. Luego se dio la media vuelta y dijo, “Todos de rodillas. Esta niña va a vivir”.

Él ya había orado anteriormente, y ella estaba totalmente tiesa. Él se acercó a ella y reprendió al diablo. Luego impuso las manos sobre

ella y comenzó a orar, y de momento ella tomó el aliento que todos pudimos escuchar por todo el cuarto. Parecía que se iba a inhalar todo el aire que había en la casa entera. Al poco tiempo ella había recobrado el color y estaba corriendo por toda la casa.

Ella tenía ocho años cuando eso ocurrió. Desde aquél día hasta los quince años ella no tuvo ni un solo ataque y no tuvo tos. Luego en la secundaria comenzó a juntarse con otra clase de jóvenes y comenzó a fumar, y le vino todo aquello de nuevo. Evelyn se llevará el asma hasta su tumba si no se arregla.

Estuve con el Hermano Bill cuando celebraba la campaña allá en Jonesboro, Arkansas. Esa fue mi primera experiencia de estar en esas reuniones de oración fuera del Tabernáculo. Recuerdo que una mujer y un varón entraron y se sentaron muy atrás, tan cerca de la puerta como pudieran. Esa mujer estuvo en la línea de oración porque le daban ataques epilépticos, y él reprendió esa cosa para que saliera de esa mujer. Cuando lo hizo, el hombre que había llegado con ella gritó, y se agarró el cuello. Bill fue hasta allá y oró por él. Entonces el varón dijo, “Cuando Ud. oró por mi esposa, pareció como



que un murciélago salió de ella y vino directo a mi garganta”. Él sufrió mucho hasta que por fin quedó bien, y más tarde vino adelante para testificar. Dijo, “Vine aquí esta noche para burlarme de este servicio, pero jamás haré eso por toda la vida”.

Llamaron para que Bill fuera a la aldea de Straw, Kentucky, a una pequeña iglesia allá, y yo fui con él. Esa gente salió de las montañas en mulas, la mayoría de ellos descalzos y vestidos de pecheros, pero una cosa sí tenía, y era habichuelas tiernas que eran la mejor cosa que yo jamás había comido.

Cuando entramos por la puerta de la iglesia, había una dama anciana parada al lado de la puerta que tenía puesto un abrigo largo. Bill le habló a ella mientras iba entrando, igual como hacía con todos. Sus ojos estaban blancos con cataratas.

Tuvieron el servicio, y como de costumbre, yo estaba dirigiendo los cánticos.

Luego Bill preguntó si alguien necesitaba oración. Una mujer trajo al frente a una niña de 11 años, de cabello rubio, y la sentó. Y ella le dijo, “Ella nunca ha oído ni ha hablado, y tengo otra en casa, pero no pude lidiar con las dos”. Entonces, mientras Bill hablaba con ella, él a la vez estaba

extendiendo la mano por detrás de la niña, chasqueando los dedos detrás de ella para ver si en verdad había un problema. Ella no se movía. Él pidió a todos los que no creían que se levantarán y salieran. Tres o cuatro se levantaron y salieron. Yo les digo la verdad, cuando él oró por esa niña, y reprendió al diablo que estaba en ella, de repente caí postrado al suelo, y la gente caminaba alrededor de mí y por encima de mí. Él estaba allí con esa niña, y yo podía escucharlo decir, “¿Ahora me escuchas?” Y él decía, “Di lo que yo digo, Jesús”.

Y ella dijo, “Jesús”.

Justo en ese momento él miró a la dama que tenía esas cataratas en sus ojos y dijo, “Madre, abra sus ojos”. Ella pestañeó varias veces, y de repente tenía los ojos bien claros.

No fue un hombre haciendo eso. Dios tuvo que haber hecho eso.

El piso del tabernáculo antes era de tablas. Desde luego, primero fue un piso de tierra, después le pusieron el piso de tablas como a seis pulgadas sobre la tierra. Dije un día, “Mira Bill, estas tablas se están pudriendo. Alguien va a pisar mal y se irá hasta

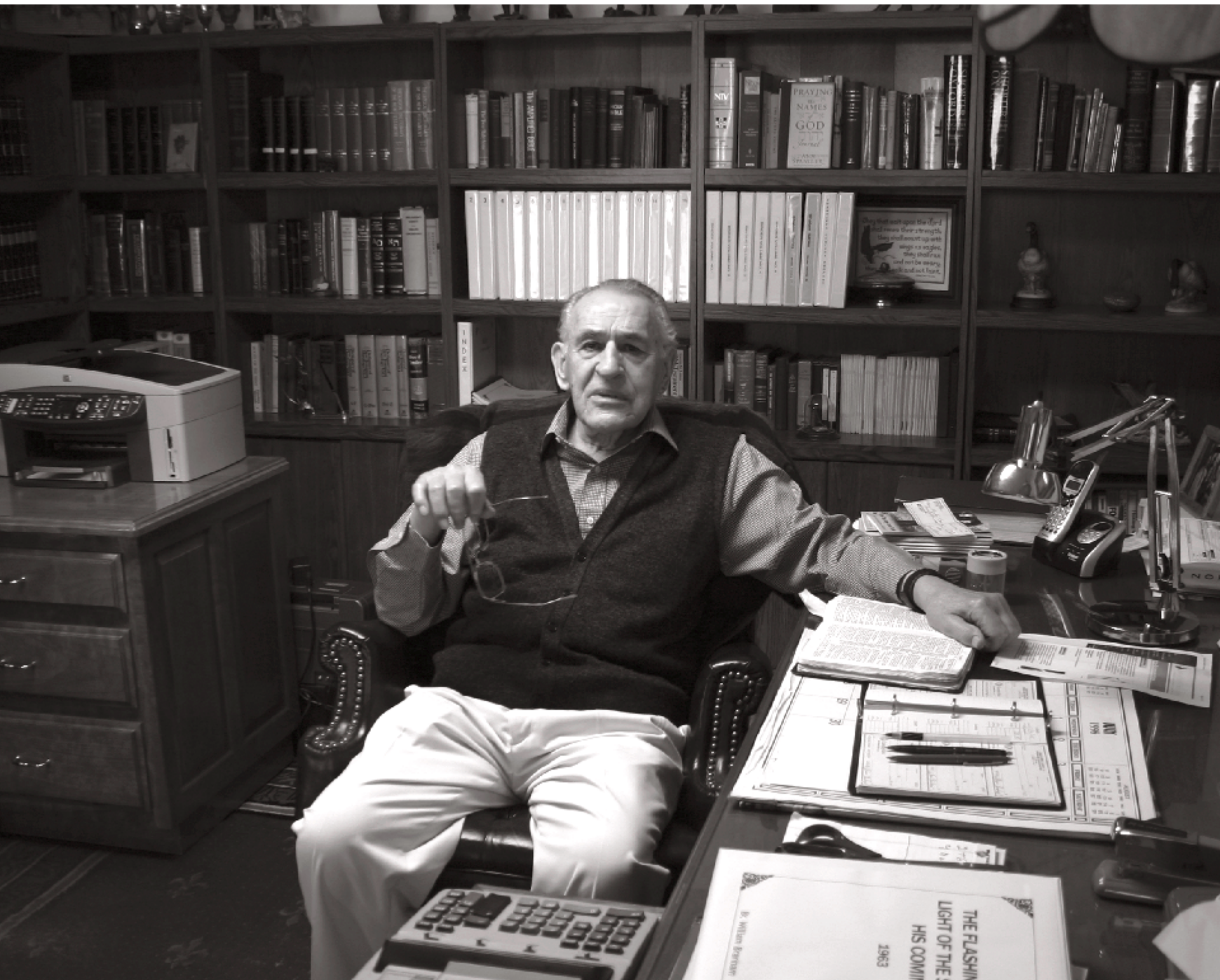
abajo”. Y él me preguntó si yo había hecho algún trabajo de concreto. Yo le dije que sí. Entonces yo y un amigo, el Hermano Graham Snelling, sacamos todo aquel piso de tablas, y metimos allí cuarenta y ocho cargas de gravilla y arena. Luego ellos vaciaron el concreto. Ese piso no tiene ni un pedazo de hierro, no hay nada de refuerzos en él, y hasta donde yo sé, todavía no se ha agrietado.

Luego Bill dijo, “¿Qué crees de un bautisterio nuevo?” El bautisterio que teníamos, pues era algo muy especial, pero la gente fue salva en aquel altar y fueron bautizados en esa agua helada en el Nombre del Señor Jesucristo, clamando a Su Nombre. Pero dije, “Está bien, haremos eso también”. Y lo hicimos.

Un cierto día el Hermano Bill me mandó llamar y me dijo, “Curt, tengo algo que quiero decirte. Me tengo que ir de aquí. La gente esta tratando de hacerme el Mesías, y hasta están bautizando a la gente en mi nombre allá en Kentucky. El Señor no dejará que nadie se robe Su Gloria”. Eso fue lo que él me dijo. Él quería que yo se lo dijera al Hermano Metcalf, porque él era quien trabajaba con el Hermano Bill, y él era un buen obrero. Él dijo, “Yo acabo de regresar

de pagarle mi última deuda al gobierno, y me tengo que ir”. Existe tanto fanatismo ahora mismo. Se requiere el Señor para el llamamiento de estos dones. Sólo porque yo quiero que Ud. sea algo, no es así. Él llama al que Él escoge. Cuando Ud. ya ha visto lo real, Ud. lo sabe.

Ahora, todo esto que he dicho son recuerdos. Hubieron muchas cosas buenas que ocurrieron. ❀





# LEE VAYLE

**VI AL** Hermano Branham por primera vez en el año 1947 en Burnaby, British

Columbia, Canadá. Había un pequeño anuncio en el periódico diciendo que el Reverendo William Branham estaba predicando en Cranbrook, y que estaba celebrando reuniones con éxito fenomenal. Estaba “diagnosticando” (lo que hoy llamamos discernimiento), pero en aquel tiempo yo no tenía conocimiento de esa palabra, ni con nada relacionado con eso. Mi esposa instantáneamente quedó entusiasmada, y dijo, “Nosotros debemos ir”.

Yo le dije, “Bueno, tú puedes ir, pero yo no voy”.

Ella dijo, “Este hombre le dice a la gente cuál es su problema”.

Yo dije, “He visto personas – fuese por telepatía mental o lo que fuera – que conocen el nombre de las personas, saben lo que hay en sus mentes, y les dan respuestas a sus preguntas”. Yo no dije que él era del diablo, pero dije, “Hay espiritistas que pueden hacer ciertas cosas”.

Le dije a ella, “Ve tú. Yo no voy”. Entonces ella fue con

una amiga, y regresó con reportajes a todo color y dijo, “Tú tienes que ir”.

Yo le dije, “No, yo no tengo que ir”. Pero por fin yo fui, porque un predicador, amigo mío, pasó por allí y dijo, “Lee, creo que te voy a llevar a ver al Hermano Branham”.

Bueno, si hubiese sido cualquier otra persona, yo le hubiese dicho, “Ve, lázate al mar”. Pero no pude resistir ir con él, porque realmente era muy buen amigo.

Logramos unos asientos muy arriba en la galería, y cuando el Hermano Branham salió a la plataforma, dijo, “Ahora bien, esta es la última noche de la campaña, y todavía tenemos muchas tarjetas de oración que han quedado de las que fueron repartidas. Les quiero hacer una proposición, y sólo Uds. los que tienen las tarjetas pueden votar. Ahora, ¿quisieran Uds. ver 25 milagros garantizados, de entre los casos más extremos que están presentes aquí esta noche, o de otra manera todos pueden pasar por la línea de oración donde quizás el 60% serán sanados? Quiero ver las manos de aquellos que tienen tarjetas. ¿Cuántos quieren ver los milagros?”

NACIÓ

28 de septiembre de 1914

RESIDENCIA ACTUAL

St. Paris, Ohio

*El editor de Una Exposición de Las Siete Edades de la Iglesia y administrador de las campañas a finales de la década 1950.*



Bueno, yo estaba gritando por dentro de mí, porque ¿cuándo se ha oído de 25 milagros garantizados? Ni el mismo Jesús había dicho, “Yo garantizo 25 milagros”. Él dijo allá que podía garantizar uno a la vez, como cuando sanó al parálítico en Mateo 9:5.

Ellos votaron que todos pasarían por la línea de oración y estarían conformes con el 60%, y comenzaron la línea de oración. Lo más asombroso fue que había entre 200 y 300 personas, y todas fueron sanadas. Cada persona muda habló, cada persona sorda oyó, cada persona ciega pudo ver. Incluso una persona que tenía el cuerpo torcido como un espagueti cocido fue sanada y enderezada instantáneamente. Entonces no fueron solamente 25 milagros garantizados, fueron cientos.

En aquel tiempo yo no estaba predicando y no tenía intenciones de regresar a predicar. Pero cuando él comenzó a orar y yo vi los milagros, no pude aguantar el deseo de llorar. E indeleblemente en mi mente – ninguna voz – pero como una pluma de acero en mi mente, escribió: “Si alguna vez escuchas a un varón, ése es a quien vas a escuchar”.

Entonces archivé aquel evento

en mi mente y allí quedó guardado. Como dije, yo había estado predicando anteriormente, pero la economía estaba tan mala que paré de predicar por un tiempo para ganar algo de dinero. Pero en el transcurso me enfermé gravemente. Mi vida era terriblemente miserable. El doctor me había dicho que yo tenía lo que él llamaba tuberculosis de la glándula pituitaria, pero yo no lo había comentado a nadie. Luego un día un predicador de la Unidad, que yo había conocido en el pasado, llamó y preguntó si podía venir y orar por mí.

Después que el Hermano Branham había venido, parecía que todo el mundo estaba discerniendo, pues cuando este hombre impuso sus manos sobre mí, dijo, “Ud. tiene tuberculosis de la glándula pituitaria”.

Yo dije, “Eso es correcto”. Él oró, e instantáneamente fui sanado.

Bien, supe que ya no podía dejar la Biblia alzada y entonces salí a predicar. Estábamos mayormente viajando, pero de vez en cuando nos instalábamos en una iglesia por un corto tiempo. Y aquí es donde la historia toma una vuelta. Un pequeño grupo independiente

en el estado de Florida escuchó acerca de mí y me invitaron para que yo viniera y fuera su pastor.

Yo dije, “Voy a orar al respecto”. Y en exactamente ocho semanas, estábamos en Florida.

Yo era pentecostal independiente, y había predicado por cinco años como bautista, aunque nunca tuve papeles de ninguna denominación. Teníamos dones manifiestos – profecías, lenguas, y todo lo demás – en operación en nuestra iglesia. En aquel tiempo yo estaba empleando mucho el discernimiento y oraba por los enfermos. También tenía el don de profecía.

Un domingo por la mañana yo estaba parado en el púlpito y de repente estaba diciendo, “He aquí, envío a mi profeta desde el norte, y él instruirá al pueblo en las cosas que deben saber”.

Yo le dije a la gente, “Ahora, yo no conozco a ningún profeta en el norte...” (¡En aquel tiempo yo pensaba que “el norte” quería decir el lejano Norte, no simplemente “norte” como Georgia que está al norte de Florida!). No me pasó por la mente que era el Hermano Branham. Pero dije, “Si esta profecía es correcta,

habrá un profeta que llegará aquí y nos instruirá, pero en este momento yo no sé quién podrá ser”. Esa profecía fue en junio del año 1953.

En nuestra iglesia había un hombre llamado Burt Reedhead, uno que antes había sido presbiteriano y que amaba los dones y el discernimiento y todo lo demás. Un día él dijo, “Yo he estado hablando con mi hermano carnal, el Doctor Paris Reedhead, y él viene de visita con mi familia. Él desea hablar con Ud. ¿Le gustaría cenar con él?”

Le dije, “Seguro, con gusto hablaré con él”.

Entonces hablamos por varias horas acerca de las cosas de Dios, dones y todo lo demás. Luego él dijo, “A propósito, ¿conoce Ud. a un Reverendo William Branham?”

Yo dije, “Lo he visto, pero nunca lo he conocido. Que yo sepa, nunca, nunca ha habido un varón que tuviera un ministerio como el ministerio que él tiene”.

Él dijo, “¿Le gustaría conocerlo? Mi mejor amigo es amigo de él. Lo único que tiene que hacer es ir a Louisville, Kentucky, a la Iglesia de la Puerta Abierta. Allí conocerá al Doctor Wallace Cauble. Dígame que Ud. es

amigo mío, y que le gustaría tener una entrevista con el Hermano Branham. Él se encargará de que Ud. lo conozca”.

Lo aplacé hasta agosto, no sabiendo en aquel tiempo que agosto era la temporada de la cacería de ardillas, un tiempo cuando era más probable que el Hermano Branham estuviera en Indiana; y viajé hasta Louisville. Fui a ver al Doctor Cauble y le dije la razón de mi viaje. Él dijo, “Ciertamente Hermano Vayle, lo llevaré directamente allá”.

Era un domingo por la mañana, y el Hermano Branham estaba parado afuera de la iglesia. Tan pronto el Hermano Cauble se estacionó, el Hermano Branham vino y lo saludó. El Hermano Cauble dijo, “Hermano Branham, traje a un amigo del Doctor Paris Reedhead, y a él le gustaría tener una entrevista con Ud. Su nombre es el Reverendo Lee Vayle”.

El Hermano Branham dijo, “Ciertamente”. Luego, hablándome a mí, dijo, “Hermano Vayle, salgo a cazar ardillas desde las cinco y media de la mañana, pero estoy de nuevo en casa a las once. Lo esperaré mañana a las doce del mediodía, aquí en esta puerta de la iglesia”.

Al día siguiente, cuando llegué a la iglesia él estaba parado allí a la puerta; y estaba vestido en un traje color gris, que se lustraba muy bien. Yo estaba en mi ropa normal de viajar. Él dijo, “Pase adelante, Hermano Vayle, yo vi que Ud. venía. Existe una llama de fuego sobre su cabeza y eso es el espíritu de profecía”.

Eso me sacudió. ¿Por qué diría él que vio cuando venía cuando sabía que yo venía? Verdaderamente no pude entenderlo hasta darme cuenta de que yo había viajado desde West Palm Beach, en Florida. De allá es que el Hermano Branham vio que venía.

Comenzamos a hablar y tuvimos un tiempo maravilloso, especialmente porque en la doctrina estábamos completamente de acuerdo en tantos puntos - seguridad eterna, predestinación, la segunda Venida de Jesucristo, sanidad Divina, y tantas cosas más. Finalmente, decidí ponerlo a prueba de fuego. Por dentro yo estaba saltando. Pensé, “Aquí estoy con esta gran y tremenda persona, y no hay nadie como él en todo el mundo, y estoy queriendo ponerlo a prueba de fuego”. Yo dije, “Y es más Hermano Branham, yo no creo que exista un infierno eterno”.

Y él dijo, “Desde luego que no, Hermano Vayle. El infierno fue creado”.

Pensé, “Me quedo con este varón; ya lo sepa él o no”.

Oramos, y luego él dijo, “Sabe Ud., Hermano Vayle, voy a venir a tener una serie de reuniones con Ud.”.

Pensé, “Bueno, yo sé que él quiere venir, pero un hombre de su calibre y tan conocido, con medio mundo buscándolo, seguro que le encantaría venir, pero en realidad no espero que venga. Todo hombre realmente grande es muy humilde, y muy bondadoso con la gente”. Así que lo borré de mi mente.

En noviembre, recibí una llamada telefónica. La voz por teléfono dijo, “¿Reverendo Vayle?”

Yo dije, “Sí”.

Él dijo, “Este es el Doctor Bosworth”.

Dije, “¿Quiere Ud. decirme que es el Doctor Fred Francis Bosworth quien escribió el libro: Jesucristo El Sanador?”

Él dijo, “Sí señor”. Comencé a hablarle de su libro, y él dijo, “Ahora espere, Hermano Vayle. No lo llamé para hablar acerca de mí. Llamé porque el Hermano Branham quiere saber cuándo es que Ud. quiere que él venga”.

Yo dije, “¿Qué dijo Ud.?”

Él dijo, “El Hermano Branham quiere saber cuándo es que Ud. quiere que él venga”.

Yo dije, “¿Verdaderamente fue en serio, que él vendría?”

Él dijo, “Sí, y realmente Ud. lo está deteniendo, porque tenemos 2,500 invitaciones en la mesa, y él le ha concedido a Ud. el primer lugar”.

Yo dije, “Hermano Bosworth, Ud. sólo deme su número de teléfono y cuelgue. Conseguiré un edificio, y tendremos una reunión”. ¡Y qué tremenda reunión tuvimos allá en West Palm Beach! Eso fue en noviembre del año 1953.

Y así fue como comenzó la relación que tuvimos. De esa forma fue que conocí al Hermano Branham, y más tarde trabajé con él.

Yo vi tantas cosas que ocurrieron respecto a la sanidad Divina. Por ejemplo, no era raro ver a personas que estaban completamente desgastadas por el cáncer levantarse de sus camillas y ser completamente sanadas. Había una niñita que tenía una deficiencia mental, y él solamente colocó su mano sobre ella, e instantáneamente fue sanada de su mente.

Hubo otras cosas que sucedieron que también eran sobrenaturales. Recuerdo una vez cuando yo estaba sentado



en la plataforma y Billy Paul vino y me dijo, “Hermano Vayle, a Papá no le gustan los cables de los micrófonos porque teme que se va enredar. Quiero que Ud. se siente detrás de él y cuide bien ese cable, para que así no haya peligro de que él se enrede”.

Yo dije, “Claro, yo puedo hacer eso”. Entonces me senté allí, como a tres metros de él, deteniendo el cable libre.

Mientras el Hermano Branham estaba predicando, el Hermano Bosworth, quien estaba sentado al lado mío, me llamó la atención y dijo, “Hermano Vayle, por 40 años he orado para que el ministerio de Jesucristo volviera a la Tierra, y allí está en ese varón”.

Bueno, varios minutos después de eso, el Hermano Branham se emocionó y alzó una silla en alto y dio tres vueltas. Inmediatamente él tenía tres vueltas de ese cable alrededor de su cuerpo, y luego soltó la silla y siguió predicando.

Allí estaba yo, deteniendo el cable y pensando, “Ahora, ¿cómo podré sacarlo de este enredo?” Entonces le di un tironcito al cable, y todo cayó hacia abajo, envolviéndole los tobillos. Quedó como

amarrado. Si él hacía un solo movimiento, él haría ‘cataplum’. Lo único que pude hacer fue orar y velar, y yo estaba velando como un águila, sin pestañear.

De repente, ese cable estaba en línea recta, al lado de su pie. Si se evaporó o se desintegró, yo no sé. Para mí ese fue un milagro tan grande como la creación de las ardillas o cualquier otra cosa. Nunca he visto algo tal como eso en toda mi vida.

Otra cosa fue muy, muy sobrenatural y está en las cintas. Las reuniones en Waterloo, Iowa, en el año 1958, fueron reuniones muy difíciles. Una noche, yo estaba sentado en la plataforma mientras el Hermano Branham estaba hablando y él dijo, “Digo esto como el siervo de Dios, enviado por un mensaje de un Ángel quien ha ungido y le ha probado a la gente que Jesús está aquí, y el mensaje es correcto...” e inmediatamente sonó algo que para mí fue como si alguien hubiese pegado con todos los dedos indiscriminadamente en las teclas de un órgano de tubos. Rápidamente salté para

señalarle a la joven que parara de tocar el órgano. Pero ni siquiera teníamos un órgano, era un piano, y la joven que tocaba el piano ya se había bajado de la plataforma. Fue el rugido del Espíritu Santo moviéndose a través de la audiencia, y uno podía ver que se movía el saco del Hno. Branham con el viento que se produjo. En la cinta, suena más como un tren que va corriendo. Pero para mí, y yo estaba sentado allí mismo, fue como las cuerdas tocadas de un órgano de tubos.

En una ocasión que yo recuerdo, Dios le dio al Hermano Branham una verdadera prueba. Esa noche

una pareja joven entró a la reunión y comenzaron a abrazarse, besarse y actuar como tontos en la reunión. El Hermano Branham se tornó como gris pálido, y él estaba meciéndose de adelante hacia atrás mientras estaba parado detrás del púlpito.

Yo creo que nunca he orado tan seriamente en mi vida como oré en ese momento. Sentí que un ultimátum estaba a la mano. Yo dije, “Oh Dios, si aquí mueren, su ministerio está acabado, todo está acabado”. Sería algo conmovedor, sería sensacional, pero no sería entendido. No habría forma de que jamás sería entendido.

**William Branham, Gordon Lindsay, Lee Vayle y Morris Cerullo de visita en las oficinas de La Voz de Sanidad en junio de 1958.**





De repente él quedó tranquilo, y dijo, “Les doy sus vidas”. ¡Y yo estaba muy feliz con aquel resultado!

Más tarde supimos que en aquel momento al Hermano Branham se le había dado el poder de vida o muerte sobre la pareja.

Con lo que pude ayudar principalmente al Hermano Branham fue con la escritura de su libro, Una Exposición de las Siete Edades de la Iglesia. Anna Jeanne Price, a quien él primero se acercó para hacer la edición, le dijo que ella simplemente no conocía suficientemente la doctrina para convertir la transcripción a un libro. Cuando él me dio la transcripción a mí y la leí, yo le dije, “Hermano Branham, tenemos que introducir mucha doctrina aquí, porque cuando Ud. menciona la simiente de la serpiente, ¿quién sabrá de lo que Ud. está hablando? Cuando Ud. menciona predestinación, ¿cuántos no tienen sus propias ideas al respecto?”

Él dijo que eso le sonaba bien, y así fue que comenzó el trabajo. Si surgía algo que fuera doctrinal, hablábamos sobre el tema hasta que quedaba en la forma que él quería que fuera dicho.

Un punto que para mí fue muy difícil comprender

(siendo pentecostal) fue que el bautismo del Espíritu Santo y el nuevo nacimiento eran una y la misma cosa. Uno tiene que escuchar muchísimas cintas para que eso quede bien claro. Yo era una de las personas más frustradas que Ud. se podría imaginar, pero finalmente lo pude aclarar en una sesión de cuatro horas. ¡Ahí fue cuando debieran haber tenido un video!

Había mucho trabajo que hacer y trabajamos juntos por casi tres años en el texto nuevo, puesto que el Hermano Branham quería que en el libro se incluyera mucha más información doctrinal de la que originalmente fue predicada en la serie La Revelación de Jesucristo.

Cuando terminamos con el libro, él me dijo, “Ahora que tenemos esto hecho, vamos a comenzar con los Sellos”, lo cual él consideró el punto culminante de su mensaje. Finalmente él quería hacer un estudio capítulo por capítulo de todo el libro de Apocalipsis.

El Profeta del Siglo 20 es un libro pequeño, escrito sin detenerse a pensar, pero el Hermano Branham en realidad aprobó cada palabra escrita allí. Yo lo revisé palabra por palabra con él, y todo lo que está allí es exactamente lo que él quería.

No estuve con el Hermano Branham por largos períodos de tiempo para en realidad poder escuchar de primera mano las muchas historias de las cosas sobrenaturales que ocurrieron en su vida, y no había grabaciones hechas de muchas de esas cosas. Es tal como nos dice la Biblia de todas las cosas maravillosas que hizo Jesús, si hubiesen sido todas escritas, las bibliotecas del mundo no las podrían contener.

Era noviembre del año 1963, y estábamos en Nueva York. El Hermano Branham había regresado de cazar en Colorado, y eso fue cuando él paró la tormenta. Cuando entré a su cuarto del hotel, sabía que algo había sucedido con él. No pude decir lo que era, pero lo vi escrito en su rostro. Sólo esperé, y luego él me contó la historia de la tormenta. Luego él añadió, “Desde aquel momento he quedado sin reproche alguno”. Y eso es algo que no se encuentra en ninguna cinta, pero uno lo podía ver en su rostro.

Tengo que decir que mi relación con el Hermano Branham fue basada más en y alrededor de su ministerio, que en su personalidad o en cualquier otra cosa. En

realidad, yo le dije una vez, “Hermano Branham, yo no cruzaría la calle para ver a ninguna otra persona levantar a los muertos”. Ya estaba harto con esos tipos que estaban por allí robando la plata de las viudas y hasta sus casas y cuanto más.

Conociendo al Hermano Branham, y su carácter destacado, yo sabía que podía confiar cien por ciento en él. Jamás he visto un hombre como él, ni aún el Hermano Bosworth, el cual era una gran persona, un Cristiano tan puro y verdaderamente conocía su Biblia. Y yo diría que el Hermano Bosworth fue el único varón digno de cargar el equipaje del Hermano Branham.

Simplemente no hubo otro como él. ✿